

Asesinos y víctimas

Víctor García Barquero

ASESINOS Y VÍCTIMAS

Autor: Víctor García Barquero

ISBN: 978-84-938954-1-9

Dep. Legal: AS-3014/2011

Editorial Ánade

Impresión: HiFer A.G. Oviedo. [www.hifer.com](http://www.hifer.com)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

## Índice

- |                       |                                  |
|-----------------------|----------------------------------|
| 3.- En mal sitio      | 51.- Mala hora                   |
| 9.- Asesino           | 52.- La estación                 |
| 13.- Los viajes       | 53.- En color                    |
| 20.- El origen        | 54.- La despedida                |
| 22.- Los atracadores  | 56.- Un crimen como los de antes |
| 26.- Ojos sin vida    | 58.- El cómic                    |
| 33.- Amigo invisible  | 60.- El intercambio              |
| 34.- La carta         | 62.- Las lágrimas                |
| 36.- Cielo e infierno | 63.- La balsa                    |
| 42.- Amnesia          | 65.- Una noche cualquiera        |
| 45.- La sorpresa      | 66.- Sin elección                |
| 46.- El sueño         | 67.- La noche                    |
| 47.- La bala          | 68.- La trampa de la belleza     |
| 48.- La criatura      | 70.- El despido                  |
| 50.- El atraco        | 71.- El accidente                |



En mal sitio

Despertó tiritando, no recordaba bien la noche anterior, y mucho menos sabía donde se encontraba en aquel momento. Miró su frío cuerpo y observó que estaba completamente desnudo, sobre los hombros y atada al cuello tenía una especie de piel de animal, quizá de jabalí, que le colgaba por la espalda. Era de agradecer, el sol estaba saliendo y todavía no calentaba con fuerza, la mañana no había roto el frío de la luna. Miró a su alrededor mientras trataba de levantarse con mucho esfuerzo, la cabeza le daba vueltas y sus piernas flaqueaban de debilidad. Se encontraba en mitad de un frondoso y espeso bosque. Trató de buscar algún camino por entre los arbustos y las retamas. De pronto escuchó el sonido seco de una detonación, sintió una punzada en el cerebro, se le nubló la vista y cayó al suelo tan pesado como un costal de trigo.

Varios hombres salieron de sus puestos abrigados con sus chaquetas verdes de camuflaje y las gorras con orejeras.

-Creo que he matado una buena pieza, por el movimiento de las ramas debe de ser por lo menos un ciervo, dijo el más joven rebotante de alegría y orgullo.

Rebuscaron por entre la maleza con curiosidad, esperaban haber derribado un gran trofeo, llevaban varios días de montería y casi no habían cazado nada, salvo algunas piezas menores.

-¡Ayuda!, gritó el padre del muchacho al ver el cadáver desnudo de aquel hombre tirado en el suelo desangrándose.

El lugar se llenó de cazadores al instante, nadie se explicaba qué hacía ese sujeto desnudo y con una piel en la espalda escondido entre la vegetación.

Fran se encontraba destrozado, acababa de firmar los papeles en el tanatorio local. Su mujer estaba todavía caliente cuando se despidió de ella. No podía creerlo, todo había sucedido tan rápido que todavía no había tenido tiempo de asimilar que la había perdido para siempre. El cadáver sería llevado a su ciudad natal, pero él no quería dejar el coche en aquel pueblo, ahora se encontraba en el taller, tenían que arreglar la ventanilla de la puerta delantera del copiloto. La policía ya lo examinó detenidamente en el lugar del siniestro. Pasaría la noche en un hostel y viajaría al día siguiente si se encontraba con las fuerzas suficientes.

Entró en el único bar del pueblo, pidió una copa de vino, pero luego se arrepintió y ordenó un whisky con cola. En una de las mesas de madera un grupo de cazadores no paraba de reír y de beber, las liebres y las codornices descansaban alineadas en el suelo mientras se desangraban levemente. Uno de ellos comentó algo sobre la extraña muerte de una chica aquella misma tarde.

Manolo se levantó de madrugada, su mujer emitía fuertes sonidos al respirar, se podía decir sin miedo a equivocarse que reoncaba. Se vistió en penumbra, y sin desayunar abandonó su casa cerrando la puerta con sigilo para no despertar a su señora. Llegó al bar el primero, pidió una copita de anís y un café bien cargado. Al poco rato llegaron sus compañeros, dejaron las escopetas en un rincón y lo saludaron con visible cara de sueño.

-El día va a ser largo, pero creo que hoy va a hacer bueno, las lluvias de ayer ya pasaron.

-Eso espero, estoy seguro de que tendremos más suerte y mejor tino. Ya veréis como cazamos algo grande.

Los cuatro hombres se introdujeron en el Patrol de color verde oscuro y emprendieron su marcha hacia la sierra, donde les esperaban toda clase de animalillos listos para convertirse en el objetivo de sus rifles. Llevaban en la parte trasera suficiente vino para estar bien calientes a la hora de comer. Por la tarde ya serían bastante felices, con caza o sin ella.

La calle aparecía en penumbra, las farolas que no tenían la bombilla rota emitían una tenue luz. Un hombre dobló la esquina y trató de enderezar su paso después de un leve traspíe, llevaba toda la tarde jugando a las cartas en la tasca del pueblo y se había pasado con las copas. Ya estaba escuchando la bronca de su mujer mucho antes de llegar a casa. Sin esperarlo se vio sorprendido por la espalda, alguien lo sujetó con el brazo izquierdo por el cuello y con la mano derecha le

tapó la nariz y la boca con un pañuelo empapado en somnífero. No volvió a recobrar la consciencia hasta la mañana siguiente. Despertó con un terrible dolor de cabeza, observó su tembloroso cuerpo desnudo y se extrañó de tener una piel de jabalí abrigándole la espalda.

Fran y Andrea disfrutaban de su recién adquirido coche, la velocidad era moderada, querían admirar el paisaje. Habían decidido viajar sin rumbo fijo, querían conocer pequeños pueblos de montaña y alojarse en alguna casa rural para gozar de la naturaleza. En aquel momento se desplazaban por una tortuosa carretera secundaria rodeada de toda clase de árboles y maleza. Aquel paraje no podía ser más tranquilo. De pronto, un tremendo golpe destrozó la ventanilla de la puerta de Andrea rompiendo bruscamente el silencio de la tarde. Fran pisó el freno asustado sin entender qué podía haber sucedido. Quizá algún pájaro se habría estrellado contra el cristal.

Manolo y sus amigos habían dado por finalizada la jornada, su todoterreno iba dejando una gran nube de polvo detrás mientras avanzaba a gran velocidad por el camino que les conduciría hasta la carretera.

-Para el coche un poco, dijo Manolo.

-¿Qué tripa se te ha roto?

-Vamos a hacer una apuesta.

-¿Qué te propones?

-Si le alcanzo a aquella señal con el vehículo en marcha



pagáis las rondas en el bar de Pepe. Si fallo pago yo.

Fran volvió a pedir otra copa, ya llevaba más de las que podía recordar, pero el dolor de su pecho no se le marchaba. Tenía el estómago encogido como si le hubiesen asestado un terrible puñetazo. Aquellos fanfarrones cazadores no paraban de gritar y de reír mientras jugaban a las cartas. Uno de ellos, al que los demás llamaban Manolo, no dejaba de darle vueltas al accidente que había ocurrido aquella tarde. Los demás le decían que guardase silencio, nadie tenía que saber lo que pensaba. Pero Manolo no dejaba de beber y cada vez se sentía más nervioso.

-¿Y si la bala perdida que ha matado a aquella chica es la misma que le disparé a la señal de tráfico esta misma tarde?

-Calla la boca de una vez, dijo uno de sus compañeros casi susurrando, ¿no te das cuenta de que no estamos solos en el bar?, además no sabemos el lugar exacto donde ha tenido lugar la tragedia.

Fran se sintió mareado al escuchar aquellas palabras, se recompuso lo mejor que pudo, dejó unos billetes sobre el mostrador y caminó lentamente hacia la puerta. Miró al grupo de hombres que había vuelto a las despreocupadas risas y trató de quedarse con el rostro del que identificó como Manolo, según lo nombraban sus compañeros.

Abandonó el pueblo al día siguiente, una vez que los mecánicos habían arreglado la ventanilla. Pasó unos días terribles, causados por la vuelta a la soledad de la casa sin su mujer, el funeral y el dolor que sintió al dejar su cuerpo sin

vida en el cementerio y los delirios provocados por lo injusto y ridículo de todo aquello. Pasada una semana y sin poder reprimir su terrible ira volvió al pueblo.

Cuando recuperó la conciencia, Manolo no entendía nada de lo que había ocurrido la noche anterior, lo último que vio fueron las luces de las farolas de su calle. Recordó levemente que alguien lo había atacado por la espalda. Se miró el cuerpo desnudo y agradeció la piel que calentaba su espalda aquella fría mañana.

No tardó mucho en comprender que en un estúpido y desgraciado acto había matado a una chica de un certero y perdido disparo que le destrozó la cabeza tras atravesar la ventanilla de la puerta de su recién estrenado coche.

## Asesino

La policía de asalto hizo pedazos la puerta de la entrada para poder acceder a la vivienda. Un olor nauseabundo penetró por sus fosas nasales, seguro que hallarían un cadáver. En el salón y con la tele encendida, encontraron a un hombre sentado en un sillón. Uno de los guardias se dispuso a verificar si seguía con vida, habían recibido una llamada de los vecinos alertando sobre un cruce de disparos en aquella dirección. Los indicios apuntaban a que aquel individuo había fallecido, tenía la camisa manchada de abundante sangre a la altura del pecho.

De pronto, las luces se apagaron y un extraño olor comenzó a emanar de las rejillas del aire acondicionado. Cuando las luces volvieron a brillar, el hombre con la camisa llena de sangre se levantó del sillón, apagó el aire acondicionado, se sacó unos algodones del interior de los orificios de su nariz y se dirigió a la puerta de salida esquivando los cadáveres de los policías que se repartían por el suelo.

La inteligencia, la frialdad y un sentido amargo de la existencia eran los calificativos que mejor definían a Marcelo Marín, alias Marcel “El Muerto”. Era pálido como un difunto,

el sol acariciaba su tez muy de cuando en cuando. Odiaba al género humano sin excepción, -género tonto-, pensaba. La sociedad, los gobiernos, la política, lo hacían entrar en trance. No tenía escrúpulos, no le importaba nada en esta vida y sentía un placer morboso causando el mal y la muerte. Su motivación era castigar la estupidez, la ignorancia, la abulia, la vagancia y la imperfección de las personas.

Se cambió de ropa en su casa, bajó al garaje, arrancó su Toyota híbrido y ecológico, -no quería dañar el planeta-, y llegó a la oficina.

Su jefe señaló el reloj de pulsera con el índice de su mano derecha.

-A este me lo tengo que cargar, pensó saboreando las palabras mientras recorrían su mente.

A la hora del descanso bajó al parque situado frente a su despacho, desde la ventana podía ver a la gente pasear y se entretenía pensando en la forma en que acabaría con sus vidas si tuviese la ocasión.

Se sentó en el mismo banco de siempre, sacó un bocadillo de la bolsa, quitó la platina y comenzó a degustarlo.

A Marcel le entretenía observar a los niños jugando, nunca les haría daño, tampoco es que les tuviese un cariño especial, pero su inocencia, su falta de preocupaciones existenciales y su benévola a la vez que picarona sonrisa le llamaban mucho la atención.

No se había planteado nunca tener una pareja estable, y mucho menos ser padre. Algunas veces se sorprendía pensando cómo sería su vida en familia, una bonita esposa y

un avispado muchachito alegrando la casa. Su cara se ensombrecía de repente y trataba de alejar de su mente aquellos felices pensamientos. Era consciente de que no merecía ser feliz, su falta de conciencia le permitía vivir siendo el monstruo que era, pero si tuviese una mujer y un hijo y les llegase a hacer daño, esto sería demasiado incluso para alguien tan frío como él. Jamás había maltratado a una mujer, ninguna de sus víctimas pertenecía al género femenino; las adoraba en silencio, las observaba en su trabajo, en el parque cuidando de sus hijos, en el supermercado comprando... Ellas eran como eran, no las juzgaba, pero no tenían las terribles taras psicológicas que sufrían sus congéneres los hombres, no había nada más que fijarse en él: un penoso psicópata con una inteligencia muy superior a la media desperdiciada matando gente.

No tenía conocimiento de mujeres asesinas en serie, ni de señoras que fuesen infieles a sus maridos mientras los seguían queriendo. Los hombres sí, por puro vicio, una aventurilla sin importancia, una canita al aire, pero su mujer lo primero de todo, no se vayan a confundir las cosas.

A pesar de todos estos pensamientos no se consideraba un justiciero, mataba por capricho y muchas veces sin conocer de antemano a sus víctimas.

Un niño moreno de grandes y curiosos ojos se sentó en el banco al lado de Marcel.

-Hola, hoy llegas tarde.

-Me han castigado en el cole y no he podido venir antes.

-Hoy te quedas sin tu premio, ya lo sabes.

-Contaba con ello, procuraré que no ocurra más.

Marcel le había cogido cariño a aquel desconocido que tomó por costumbre sentarse a su lado en el parque. Siempre aparecía solo, charlaban unos minutos y luego el chico se marchaba a su casa. No sabía casi nada sobre él, solamente que se llamaba Álex.

Tenían un pequeño trato, siempre que el niño sacase buenas notas o hiciese alguna buena acción en el cole, Marcel lo premiaría con unas monedas. Otra parte del trato era que debería ahorrar el dinero y emplearlo cuando tuviese suficiente, en algo importante; él decidiría, pero nada de juguetes ni bobadas.

Aquella noche Marcel no podía dormir, como de costumbre. Decidió salir a dar un paseo, la noche era fresca y una ligera brisa hacía bailar en el aire las hojas secas de los árboles. Observó en la distancia a un hombre que trataba de forzar la cerradura de una librería, sacó su afilada navaja, aceleró el paso y antes de que la víctima fuese consciente de la presencia de su agresor, sintió la punzada del frío acero atravesar las costillas de su espalda y notó como su pecho se le rompía en pedazos desde el interior.

Marcel torció a la derecha por un callejón y ni se paró a mirar hacia atrás. Cuando llegó a una calle principal y bien iluminada volvió a caminar con normalidad para no llamar la atención, no era muy tarde y la gente paseaba todavía por las grandes avenidas próximas al centro.

Cuando de regreso se tendió en la cama, no tardó en quedarse profundamente dormido. Era difícil de entender

pero matar lo relajaba. Una paz infinita se apoderaba de su mente, ella gobernaba sus impulsos, no le permitía descanso hasta que llevaba a cabo sus cruentos designios.

La mañana siguiente fue una de tantas, tras la dura jornada matinal se sentó en el banco de costumbre en su parque favorito a esperar al espabilado chico que le hacía compañía todos los días durante la hora de la comida.

Aquel día el niño no se presentó, ni tampoco apareció en las siguientes semanas. La vida continuaba para nuestro psicópata y pronto comenzó a olvidarse del jovencito, supuso que sus padres se habrían cambiado de ciudad.

No sabía decir cuanto tiempo había pasado cuando su pequeño amigo volvió a aparecer. Tenía la mirada mucho más triste de lo normal.

-Ya pensaba que no te volvería a ver. ¿Qué ha ocurrido?

El niño no respondió y se puso a llorar en silencio, sin emitir ni tan siquiera un sollozo y sin proteger su rostro con las pequeñas manitas.

Marcel le revolvió el pelo con aquellas manos capaces de hacer tanto mal hasta que consiguió que el chico se tranquilizase.

-Mi padre solía quedarse hasta tarde en su trabajo, terminaba con las cuentas y lo dejaba todo preparado para el día siguiente. Hace un par de meses un malvado asesino le clavó un puñal por la espalda cuando se disponía a cerrar la librería.

## Los viajes

La primera vez que me ocurrió estaba estudiando para un examen, perdí el conocimiento y mi mente apareció en otro lugar. Mi cuerpo permanecía tirado en el suelo, con la cara aplastada sobre la alfombra y un hueso del dedo meñique roto. No sabría explicar la sensación, era consciente de no ser una persona de carne y hueso en el lugar al que me teletransporté, pero los demás se comportaban con normalidad conmigo. Podéis imaginar el susto que me llevé, primero me di cuenta de que perdía el control y me estrellaba contra el suelo, posteriormente sentí que mi alma escapaba de mi cuerpo y entraba en un túnel de colores que atravesaba a la velocidad de la luz, para aparecer en un bar. Sí, un bar, y con lo que me restaba por estudiar todavía. Me toqué los brazos para cerciorarme de que aquello no era un sueño, la sensación era la de estar plenamente consciente. Me entró sed, me acerqué a la barra y pedí una cerveza bien fresquita. La jarra estaba helada y las gotas de agua resbalaban hasta el posavasos. El camarero me saludó como si me conociese de toda la vida. Yo estaba bastante confuso, juraría que no había estado en aquel bar en mi vida y que era la primera vez que hablaba con aquel hombre. Me tendió la mano a modo de saludo, hice lo



propio y cuando la retiré me encontré con un papel plegado que el extraño había dejado en ella. Había escrita una dirección, tomé la cerveza de un trago, me dirigí a la puerta sin despedirme y siguiendo el impulso de mis pies llegué a la calle cuya dirección coincidía con la del papelito. También decía: “toca el timbre dos veces y márchate”. Así lo hice, ya que como digo, mi cuerpo parecía seguir los dictados del mensaje sin atender a las órdenes del cerebro. Estaba claro que aquel no era mi cuerpo, y que el mío permanecía derrumbado en mi habitación. ¡Sorpresa! Al pasar frente a un escaparate pude observar que estaba de ocupa dentro de alguien a quien tampoco había visto antes. Escuché unos pasos tras de mí, pero no me dio tiempo a reaccionar, sentí un tremendo golpe en la cabeza y desperté empapado en sudor en mi habitación.

Puse la tele de mi cuarto, me dolía la cara y la nuca, vamos que tenía los dolores de los dos cuerpos, menuda suerte. No podía salir de mi asombro cuando escuché la siguiente noticia de boca de Matías Prats hijo: “En un vecinal barrio de Madrid se ha producido un pequeño milagro, una señora ha salvado la vida gracias a una misteriosa llamada a su puerta, la mujer al ver que no había nadie en la entrada había salido al jardín para mirar tras la verja, en ese mismo momento, un viejo y enorme pino se vino abajo aplastando el techo de la vivienda”

Un escalofrío corrió por todo mi cuerpo, el de verdad, yo había estado aquella misma noche en aquella misma casa.

Mi historia sobrenatural comenzó aquella noche, pero mi vida natural, como es de suponer empezó mucho tiempo antes, en concreto 17 añitos atrás. Nací en un pueblo no muy grande, pero lo suficiente como para poder desarrollar una

infancia con los servicios que completaban todos mis anhelos y deseos. Además podía campar a mis anchas por caminos y veredas campestres. Daniel, “el Mochuelo”, y sus amigos unos aficionados comparados conmigo y mis compañeros de infancia y niñez. La ciudad fue menguando al tiempo que mis expectativas adolescentes y yo íbamos creciendo.

Las fiestas del instituto se convirtieron en uno de los eventos más deseados y esperados para los jóvenes de la comarca. El instituto en el que estudio, entre comillas, porque para mí es más un centro de encuentro con mis colegas y de preparación del ligoteo, que con suerte culmina en una de esas fiestas, o durante un fin de semana cualquiera.

Volviendo a la noche en que comenzó mi doble vida, tengo que decir que al principio me asusté mucho, cuando le comenté a mis padres lo ocurrido, obviando los detalles de mi desdoble de personalidad, se empeñaron en llevarme al hospital.

A primera hora de la mañana mi madre pidió cita por teléfono a la recepcionista del consultorio médico. Esa mañana y muy a mi pesar no pude asistir a clase. Fue una lástima porque tenía unos asuntos que concretar con Silvia antes de la gran fiesta de Halloween.

El médico me auscultó el pecho, me hizo pruebas de equilibrio, me examinó los oídos y me citó para un análisis de sangre al día siguiente. Otro día sin ver a Silvia, luego os contaré detalles de mi no relación con Silvia.

Finalmente no detectaron ninguna anomalía en mi organismo que pudiese provocar mis mareos, a mí no se me

ocurrió comentar nada sobre mis viajes espacio-temporales, no me apetecía nada que me tomasen por loco, me hiciesen exámenes psicológicos y me envasen a un loquero para que le contase mi vida tumbado en un diván, de eso nada, tenía otros planes.

La esperada noche llegó, me puse mis mejores galas y me rocié con las más atrayentes esencias que encontré en la estantería del baño. La noche me parecía deliciosa, el viento en calma, una ligera brisa de cuando en cuando mecía mis cabellos y aliviaba un tanto el calor del ambiente. Pensé dar un paseo, era temprano y así podría atemperar mis nervios. Estaba decidido a declararme. Desde bastante lejos se divisaban las luces del local y poco a poco la música fue llegando a mis oídos como un manantial de sensaciones. Aquella canción me recordaba a ella, la adrenalina volvió a hacer estragos en mi estómago, debería haber cenado un poco más.

La sombra de un temor comenzó a destemplan mi ánimo, ¿y si tenía un desvanecimiento y todo lo que había planeado con tanta meticulosidad se iba al garete? Resoplé y traté de alejar aquella nube negra en forma de pensamiento de mi cabeza llena de pájaros.

Allí estaba Silvia, esplendida, un atrevido vestido rojo, tacones negros y una blusa blanca, que hacía resaltar los negros bucles de su pelo. Me miró con una sonrisa, sin embargo no se acercó a hablar conmigo, me dio la espalda y se dirigió a la barra. Era muy propio de ella, siempre trataba de hacerme rabiar y me obligaba a ser el primero en dirigirme a ella. Esta vez estaba todo calculado, tendría que esperar

sentada si pensaba que me iba a rebajar tan pronto. Observé que mis amigos hacían de las suyas en un rincón del salón de bailes y sin más demora me uní a ellos saludándolos con un cariñoso abrazo.

Después de varios refrescos, había que cuidar las escasas neuronas, tuve necesidad de ir al servicio; dejé a mis amigos con sus tonterías y con sus risas. Cuando estaba frente al urinario, una desconocida voz masculina me habló por encima del hombro.

-No gires la cabeza, te recomiendo que te alejes de la gente y busques un lugar cómodo, tienes una misión.

Antes de que pudiera ver su rostro y de tener la posibilidad de negarme o quejarme por un trabajo que no había elegido, el hombre desapareció por la puerta del lavabo.

Sin perder más tiempo desaparecí de la fiesta y me tumbé sobre un banco de madera, que encontré en un parque cercano, resguardado por los arbustos.

En esta ocasión no fui consciente del desvanecimiento hasta que me vi dentro de mi nuevo cuerpo. Me encontraba en un banco del mismo parque en el que me había tumbado, Silvia paseaba sola por entre los rosales a pocos metros de mí. Quise correr hacia ella, pero al ser consciente de que mi aspecto era muy distinto al habitual, detuve en seco mis impulsos.

Silvia parecía buscar a alguien con la mirada, es posible que me viese salir de la fiesta y me habría seguido hasta allí. Me sentí sumamente disgustado por no poder aprovechar aquella magnífica ocasión que el destino me había proporcionado

para declararme, bueno a mi otro yo, que permanecía inconsciente e inútil detrás de la maleza.

La vigilé a hurtadillas escondido entre los árboles, estaba realmente guapa aquella noche, nunca la había visto lucir tan atractiva. Sin esperarlo, un hombre la atacó por la espalda y la empujó tras una fuente de piedra. Corrí en su auxilio, agarré del cuello al violador y le propiné un par de puñetazos en el rostro, creo que le destrocé la nariz. Sin duda mi nuevo ser era bastante más fuerte que el antiguo. El malhechor salió corriendo sin que pudiese hacer nada por detenerlo, antes de huir me golpeó con el codo en la cabeza y me dejó inconsciente en el suelo.

Cuando recobré el conocimiento no recordaba nada de aquello, la fiesta había terminado y mi sueño de conquistar a Silvia se esfumó por aquella noche. Regresé a casa temblando de frío, la temperatura había bajado y me había quedado helado.

Durante unos días la chica de mis sueños no asistió a clase, para mí supuso un gran fastidio, además había un gran secretismo sobre su ausencia. Tampoco quisieron recibirme en su casa, sus padres se justificaron diciendo que tenía una enfermedad contagiosa.

Cuando por fin pude hablar con ella, se mostró muy molesta y enfadada conmigo. Me confesó que por mi culpa la habían atacado en el parque, salió de la fiesta a buscarme y casi terminan con su vida.

Yo no pude darle ninguna explicación convincente, supuse que tardaría en perdonarme.

Desolado decidí pasear hasta el río, me asomé al puente y contemplé el reflejo de la luna en el agua.

La misma voz que me asaltó en los servicios de la fiesta se puso a mi lado en forma de persona, era un anciano de pelo canoso y amable sonrisa.

-¿Qué queréis de mí?

-La pregunta debes hacértela a ti mismo. Está en tu interior.

-Dime las palabras adecuadas, no encuentro las respuestas.

-Te iluminaré. ¿Te acuerdas de cuando deseaste con todas tus fuerzas cuidar a Silvia durante el resto de vuestros días?

-Lo sigo deseando.

-Pues tus deseos se han convertido en realidad.

-Ella está enfadada conmigo y no me perdonará, vaya ayuda que me habéis dado.

-Te has convertido en su ángel de la guarda. Siempre que tenga problemas, allí estarás para salvarla.

-¿Y la señora de mi primer desmayo?

-¿Recuerdas a la abuela que tanto quiere, de la que tanto habla y a la que hace tanto tiempo que no ve? Le salvaste la vida aquella noche.

Me dijo que posiblemente Silvia sería la mujer de mi vida, pero que en aquella ardua empresa amorosa estaba solo. Ella nunca sabría que yo la protegería siempre. De mí dependía que supiese y que confiase en que la amaría durante el resto de mi vida.